

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 844

Alicante 12 de Febrero de 1887.

Año XVIII.

LA SANCION DE LA MORAL EN LA OTRA VIDA.

Los incrédulos son seres extravagantes. Nosotros les hemos visto cubrirse el rostro á vista de las injusticias de este mundo.» Cómo, exclaman, bajo el gobierno de un Dios justo, bueno y todopoderoso, la virtud sufre de tal manera, y el crimen triunfa por todas partes? Se les demuestra que la vida presente es un período de organización, y que no puede por consiguiente estar exenta á lo ménos de este desorden del que surge el órden, como surge un palacio de la confusión de los materiales que sirven para construirlo. El órden perfecto está reservado para la vida futura en que el bien y la recompensa, el mal y la pena estarán indisolublemente unidos. Respuesta inútil: el incrédulo quiere que los malos sean castigados sobre la tierra, pero no quiere

que lo sean después de esta vida; el triunfo del mal aquí bajo les entristece; su castigo en la eternidad les exaspera (1). «Criaturas de Dios entregadas al tormento para siempre, ¡qué barbarie! ¡qué ultraje á la soberana bondad, y aun á la soberana justicia!»

(1) «La teología por su dogma del infierno eterno, ha cometido un crimen de lesa humanidad» (Andrés Pezzani: *Dios el hombre*).—«Modelo horrible de prisiones, de habitaciones, de tormentos, de ruedas y de hogueras, salvaje confusión de víctimas diversas, reino ideal de los verdugos, vosotros impresionais ciertamente aun hoy las imaginations bien dirigidas, más para excitar en ellas horror, que no terror, y sublevar las almas contra detestables mentiras» (J. Reynand: *Tierra y Cielo*).—«Me ha sido preciso, lo confieso, hacer esfuerzos para contener mi pluma que se rebelaba bajo mi mano al transcribir semejantes horrores. Respiran, en efecto, estas crueles sentencias un espíritu de inhumanidad, que hace á cada golpe estremecerse el corazón.» (Pedro Leroux: *De la Humanidad*).

—«Pero estos son culpables.»

—«No hay hijos culpables para un padre; no hay sino su carne y su sangre.» (1)—Replicad vosotros diciendo que solamente será condenado aquel que quiera serlo. El incrédulo os responderá que Dios es bastante poderoso para impedir esta funesta voluntad. Insistid vosotros y mostrad cuán misericordioso es Dios: un arrepentimiento, una lágrima, hé! ahí todo lo que exige para perdonar los más grandes crímenes. Pues bien, es preciso haber tratado á incrédulos para creerlo: esta misericordia también les indigna. «Cómo,

(2) «Si el infierno existe, mi elección está hecha: yo quiero estar con los desgraciados y con los que sufren para compartir con ellos y consolarles, pues Dios entonces no será más nuestro padre» (Pezzani: *la pluralidad de existencias*.)—«Un príncipe merovingio, llamado Chramne, se sublevó contra Clotario; Clotario encierra en un pajar á su hijo Chramne, á su nuera y á los tiernos hijos de estos y les hace quemar vivos; pero la historia recuerda que Clotario se arrepintió de ello. Y qué comparación puede haber entre la amabilidad de Clotario y la del Dios que nos ha criado! Este Dios quiere atormentar en el infierno y no quiere que allí se muera jamás, semejante al atormentador jurado de las prisiones feudales, deja vivir á los pacientes para atormentarlos, y pone su cuidado en alargarlés la agonía! Les hace sufrir, les oye gemir durante la eternidad, y continúa su obra vengadora, sin cerrar los ojos, sin taparse los oídos, y esta es la señal que da á conocer en él, no á un hombre mudable, sino á un Dios.» (Callet: *el Infierno*).

dicen, un miserable cubierto de todos los crímenes, no ha de tener necesidad de otra cosa para entrar de nuevo en gracia con Dios! Esto es inmoral, la conciencia honrada no puede tolerarlo.» (1)

En verdad, son gentes estas bien difíciles de contentar; y acreditan

(1) «Enseñan también unos y otros, que el más abominable de los criminales si se convierte en la última hora, puede morir contento; queda absuelto como el buen ladrón; no hace más que cerrar los ojos y va á despertar con los ángeles—Es esto posible?... Cómo! yo he de ver desde el seno de la Bienaventuranza..., sin pena y sin aflicción alguna, desarrollarse á mis pies y sobre la tierra y en el infierno, las tristes consecuencias de mis iniquidades! Yo he matado en mis noches de orgía; yo he asesinado, mientras dormían, á gentes que valían más que yo; á un avaro para robarle; á un amigo de mi juventud para profanar su lecho; á una hija que yo había seducido y que murió besándome las manos, pensando en mí la insensata, más que en su Dios. y así también de otros. Los peores de entre ellos eran cuando yo les herí inocentes comparados conmigo, y hélos ahí muertos prematuramente sin haber tenido tiempo de arrepentirse; hélos sumergidos en el infierno, roído el corazón por un gusano que no muere nunca, dando alaridos, llorando, maldiciéndome; y yo su asesino, yo pecador envejecido en la impiedad, y restituido á la gracia por un milagro, yo alabaré á Dios durante la eternidad por haber sido instrumento de la condenación de esas pobres almas... Se nos salva como se nos condena; muchas veces á poca costa, y si se nos abren muy fácilmente las puertas del infierno, también se nos abren con la misma facilidad las del paraíso» (Callet: *El Infierno*.)

en ello que siguen el partido de la pasión y no el de la sinceridad del buen sentido. Merecían que se les tratara como á niños, es decir, que se les contestara alzándose de hombros. Mas algunos de ellos, abandonando las exclamaciones, tratan de argumentar seriamente y parecen que no será del todo inútil conocer lo que ellos han encontrado como mejor en este género de argumentos.

M. Alfredo Maury, este representante infatigable de la erudición puesta al servicio de la incredulidad, resume en estos términos lo que sus amigos han dicho de más concluyente, según él, contra el dogma del infierno: «La falta de reconciliación de todas las criaturas con Dios, y la eternidad de las penas sin utilidad para los culpables, eternidad que cambia la justicia y la expiación en pura venganza es una idea bárbara que el cristianismo concibió en armonía con las falsas nociones del judaísmo acerca de la justicia divina.» (1)

Las mismas razones se encuentran en la obra de un sacerdote apóstata (2) italiano: Si se admite el dogma cristiano del infierno, «la pena no es ya de ningún modo para el hombre un instrumento de mora-

lidad y de educación; en lugar de ser, de parte de Dios, la aplicación de una ley de justicia, es el deseo brutal de una venganza inícuca, feroz, implacable; es la división eterna de la humanidad en dos campos, en uno de los cuales, y el más numeroso, no se vivirá sino para blasfemar, execrar y maldecir á los habitantes del otro; las hijas á las madres, los padres á los hijos, los hermanos á los hermanos, los amigos á los amigos: es la victoria y la consagración eterna del mal, es decir, el monumento viviente y perpétuo de la impotencia ó de la iniquidad de Dios, es decir, la negación más formal y más explícita de la existencia misma de Dios.»

M. Patricio Larroque, este antiguo rector de la academia de Lyon, que había tomado á empeño destruir pieza por pieza el dogma católico á nombre de la filosofía, juzga que *la eternidad de las penas* es una «horrible blasfemia, por la cual se desnaturaliza la justicia de Dios, al mismo tiempo que se desconoce su santidad y su bondad.» El mismo cita y hace suyas estas palabras de un ministro protestante: «Los castigos no deben tener por fin hacer sufrir á los culpables, sino de mejorarlos. La corrección es la sola razón de ser del castigo. Un suplicio eterno estacionario no tendría razón de ser; sería una cosa sin objeto, un mal gratuito, inútil. Las penas eternas así

(1) Encyclopédia Dítot, art: *Infierno*.

(2) *El Racionalismo*, por Antonio Franchi (Francisco Bonavino)

concebidas, léjos de responder á las perfecciones de Dios, serían una blasfemia contra su Santidad.» (1)

M. Franck, ordinariamente más circunspecto, abraza la misma opinión, contentándose con exponerla en términos más suaves: «Volver el alma á la salud, dice, purificarla de sus manchas, levantarla de sus culpas, revestirla de nueva fuerza para marchar con paso más firme por las vías de que se ha salido, ó para atender mejor á la perfección moral que ella se había desdeñado de perseguir, ¿no es esta la sola eficacia que puede concebirse en la pena cuando el ser que la impone tiene para obrar sobre el alma el poder y la inteligencia infinita? La justicia de Dios se armoniza necesariamente con su sabiduría y su misericordia, es decir, con la razón y el amor considerados en su eterna esencia; no es necesario, pues, representarse la otra vida llena de suplicios arbitrarios, y que parecen tener por fin menos la expiación que la venganza.»

Inútil es continuar nuestras citas: siempre encontraremos las mismas dificultades expresadas en términos diferentes. Sin que nos propongamos resolverlas de frente, creemos mejor establecer el dogma sobre sus propios fundamentos; de este modo

(1) *Exámen crítico de las doctrinas de la religión cristiana.*

aparecerá más evidente la debilidad de las objeciones. Hé aquí el orden que nos proponemos seguir; en un párrafo preliminar, probaremos que el alma del hombre no puede ser aniquilada, ó en otros términos, que es inmortal por naturaleza; despues abordaremos la cuestión principal, y demostraremos por la consideración del fin último, que el infierno eterno es consecuencia necesaria del mal moral; y terminaremos respondiendo á algunas objeciones secundarias. Nuestros adversarios pretenden hablar en nombre de la filosofía y de la razón: no invocaremos tampoco nosotros otra autoridad. (1)

(Se continuará)

INFLUENCIA SOCIAL DEL CRISTIANISMO (2).

(Conclusion.)

La fuerza irresistible de la convicción, y el sentimiento de la mas justa gratitud, han obligado á confesar paladinamente aun á muchos de los mas incrédulos, que el cristianismo ha civilizado á Europa. En efecto: ¿quién sino su benéfica ac-

(1) *Diccionario filosófico*, artículo: *Penalidad.*

(2) Este artículo nos ha sido enviado por la familia del autor (Q. S. G. H.) Ha sido encontrado entre los papeles del difunto.

ción ha creado este genio de análisis que ha perfeccionado las ciencias, este espíritu de asociación que nos distingue, y que es tan favorable á los adelantos del estudio? Desde los primeros periodos de su existencia, comienza esta religión á ejercer el espíritu de proselitismo que la caracteriza, y á trabajar en la grande obra de la civilización del mundo. Ya en el siglo 5.º es enviado S. Severino á la Nórlica, y otros obreros apostólicos recorren las Españas, al mismo tiempo que los santos Paladio y Patricio aparecen en el norte de la Escocia. En el 6.º San Gregorio el grande envia á San Agustin á Inglaterra. En el 7.º San Kilian predica en Franconia, y San Amando á los Flamencos, á los Corintios, á los Esclavones, y á todos los bárbaros que poblaban las riberas del Danubio. C. de Werdem se transporta á Sajonia en el 8.º y San Bonifacio lleva á la Alemania la gloria de su nombre, y los frutos de su predicación. Y como si Dios hubiese querido indemnizar á su Iglesia de las desgracias que iban á affigirla con el cisma de Oriente, el siglo 9.º se distingue de todos los demás por las innumerables conquistas de la religión sobre la barbarie. Todos estos héroes apostólicos podían decir con más razón que el poeta: no nos hemos detenido hasta llegar á los confines del mundo. Y cuando el universo se ensanchó por las atrevi-

das empresas de los argonautas modernos, ¿qué no han hecho los misioneros en el Paraguay, en la China, en las Indias y otros países incultos? Ah! como la luz del sol que al través de los espacios hiere disipando nubes nuestra retina envuelta en la oscuridad del planeta que habitamos, así la luz del evangelio que es el sol de la civilización, al través de distancias inmensas, ha penetrado ó pretendido penetrar disipando errores en los países más ignotos y desiertos envueltos en las sombras de la ignorancia.

No debo omitir tratándose de la influencia del cristianismo en los progresos de la civilización, la parte activa que ha tenido el clero católico así secular como regular en los trabajos é investigaciones literarias. Hubo un tiempo en que él sólo cultivaba las ciencias, en tanto que el resto del mundo vejetaba en la más profunda ignorancia, hasta el punto de ser muy frecuente que los mismos príncipes y magnates ignorasen el sencillísimo arte de leer y escribir. Cuando los bárbaros del Norte á manera de torrente inundaron la Europa, y derrocando el caduco edificio del imperio romano, ya minado por la polilla del tiempo, y los vicios de su constitución, sofocaron entre sus escombros la antigua ilustración del mundo, dejando á Europa en las tinieblas de una profunda noche, los monasterios fueron el

puerto donde se salvaron del naufragio las reliquias de las artes, alimentando por espacio de mucho tiempo el fuego sagrado de las ciencias, y conservando tan precioso depósito para trasmitirlo á las edades siguientes.

Todos los establecimientos literarios fundados en Europa durante la edad media, han debido su origen al ascendiente de esta religion. La universidad de París, famosa por su antigüedad, y por lo mucho que ha contribuido á difundir las luces por Europa; las de Cambridge y Oxford en Inglaterra ilustradas con los trabajos de Neuton de Bacon, y de Tomás Moore; las de Glasgow y Edimburgo en Escocia; las de Leipsik, Gena, Tubiaga en Alemania, y las de Valladolid, Alcalá y Salamanca en España, todos estos focos de luces, son otros tantos monumentos que acreditan la saludable influencia del cristianismo en los progresos del saber.

Mientras las órdenes religiosas, semejantes á los mineros que se sumergen en las entrañas de la tierra para arrancar los tesoros que oculta en sus escondidos senos, se sepultaban en el polvo de las bibliotecas para esplotar silenciosamente los escasos residuos de los conocimientos humanos, preservados en aquellos sagrados asilos del furor de la barbarie, y de las injurias del tiempo, los Papas prodigando recompensas,

premios y honores, dieron con este estímulo un poderoso impulso á los progresos de la ilustración general. Ciertamente es muy honorífico para la Iglesia, que un Papa, León X, diese su nombre al siglo del renacimiento de las artes, que partiendo del de Alejandro, reflejó las luces de Atenas y de Roma sobre las edades siguientes. Los que afirman que el cristianismo se opone á los adelantos de la ilustración, lo han desconocido ó calumniado atrozmente; pues la historia testifica lo contrario. Donde quiera que no ha brillado el sol del evangelio, allí no ha aparecido la aurora de la civilización. No ensalzan los pueblos de Europa su superioridad, intelectual sobre los demás pueblos. ¿Esta superioridad, no es un hecho constante? De dónde nace, cuál es su origen? Ah! se necesita carecer de lo que todo buen hijo debe á su madre cariñosa que le ha amamantado, para negar todo esto y mucho más que ha puesto sobre las sienes de la Iglesia una corona universal, y un cetro eterno en sus manos.

Abramos los anales de las artes y de las ciencias, y registremos el catálogo inmenso de los hombres más eminentes en ellas: ¡qué pruebas tan espléndidas encontramos del influjo vivificador del cristianismo! Veamos quiénes han sido los más sabios intérpretes de la naturaleza y oráculos de la filosofía; quiénes los

más favoritos de las musas, cuyos cantos y composiciones son las delicias y el embeleso de las almas sensibles: quiénes los más eminentes preceptores del género humano, órganos de la más pura moral y lumbreras del mundo. Veamos en nuestros días mismos quiénes han sido Balmes y Sechi, y son Ceferino Gonzalez y Perry: y veamos también en el laicismo moderno, cuántos sabios sin saber, y cuántos saben sin ser sabios.

Confesémoslo de buena fé: El cristianismo descendiendo al fondo del corazón humano, escudriñando sus pliegues más secretos, revelándonos el misterio de nuestro ser incomprendible á las luces de la sólo razón, y convirtiendo toda la actividad de nuestro espíritu hácia el estudio de nosotros mismos, y al examen de un orden de ideas elevadas y sublimes, aumentó los resortes de nuestra inteligencia, ensanchó los límites de la razón humana y ha dado un fuerte impulso á las ciencias. Él, agitando como el alma del mundo de los estoicos, la mole pesada é inerte de los pueblos bárbaros de Europa, elaborándolos, modificándolos convenientemente circulando como una sávia vigorosa, por las venas del cuerpo social, renovó la juventud de las naciones y las trajo por una graduación sucesiva al estado en que hoy se hallan. Todas las instituciones y costumbres de la

Europa actual son cristianas. Ese sabor de humanidad que se observa en el trato de la gente culta: esa caridad que nos inclina á socorrer á los que padecen: los establecimientos de Beneficencia multiplicados con tanta profusión, la ruina progresiva de la esclavitud: todo esto y mucho más, es cristiano. El cristianismo es, digámoslo así, la gran carta de la sociedad europea; en él hallamos consignadas nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras instituciones domésticas, civiles y políticas: su espíritu, presente, como la divinidad de quien emana á todos los tiempos y lugares, ha presidido á cuanto se ha obrado entre nosotros de noble y de grandioso de 18 siglos á esta parte: ha producido todo lo que hace el orgullo y la gloria de los modernos europeos: y por una ingratitud que no se puede calificar como merece, hay quien se aparta de este principio divino; quien se averguence del evangelio, y se jacte de su incredulidad. ¡Oh inconsecuencia! Se cree que abjurando la religión podrá conservarse todo lo bueno, todo lo glorioso que á ella se debe? Volvamos los ojos al estado de los países donde se debilita el principio cristiano: observémonos nosotros mismos, y conoceremos cuán imposible es conservar la civilización verdadera sin la condición esencial de su existencia. Ese malestar insoportable del que se lamenta la

sociedad; esa relajación de los más dulces vínculos; esos amargos disgustos entre las familias desunidas; esa desconfianza universal; esa desaparición de los principios sociales; esos odios sangrientos; esas estadísticas horrorosas del crimen en aumento; esos egoísmos, esas envidias, esos suicidios, esos timos, esos robos tan frecuentes; esos insultos á ciudadanos pacíficos que se llaman sacerdotes, todo esto y mucho más, es láico. En vano la sociedad, la familia y el hogar, pretende hallar la paz, el bienestar y la felicidad en el laicismo: en vano este intenta borrar y hacer pedazos esa inscripción eterna prendida de ambos polos que llama á la tierra valle de lágrimas. Nuestra sociedad con vapor y electricidad y sin Cristo, sería como un enfermo rodeado de todas las comodidades, sin que nada sea capaz de aliviar sus dolencias.

MANUEL MARTINEZ, PRESBITERO.

LOS BAILES.

Carta del Ilmo. Sr. Obispo
de Santander.



Enero 1.º de 1887.

*Sr. Presidente de la Sociedad Amigos
de los Pobres.*

«Muy señor mio y de mi distinguida consideración: Ayer leí en un

periódico que la *Sociedad* de que usted es digno Presidente se propone dar un baile de máscaras el día 5 del corriente, á fin de allegar recursos con que proseguir la obra benéfica en que hace tiempo se hallan ocupados.

»Debo pensar que la caridad es la que hace á ustedes amigos de los pobres; y, como la caridad descansa en la fé, y creo que en nuestra muy querida ciudad son muy pocos, si hay alguno que haya dejado extinguir en su alma hasta el último destello de esa luz divina, no podría yo sin ofender á ustedes, dejar de contarlos en el número de los creyentes, fieles hijos de la Iglesia católica. Esta consideración me anima á escribir, pensando que usted no ha de juzgar inoportuno que el Prelado, estrechado por la obligación de cuidar de la salud espiritual de sus diocesanos, para cumplir con ese deber sagrado, dirija á usted un ruego paternal, exponiendo las razones que le mueven á dar este paso. Si á usted no le pareciere bien, le suplico me dispense, en gracia de mi buen deseo y del sincero afecto que, aún sin conocer á usted le profesó.

»Promover bailes para socorrer á los pobres es desnaturalizar la hermosa virtud de la caridad y poner á los que bailan en inminente peligro de ruina espiritual. Los bailes y más si son de máscaras, atendido el

conjunto de circunstancias que de ordinario los acompañan, me parece un grave escollo en que naufragan la inocencia y el pudor: porque mientras no deje de ser verdad que la carne codicia contra el espíritu, verdad será también que si en alguna parte la carne ha de hacer de las suyas, es, sin duda alguna, en los espectáculos preparados para halagarla; y entre todos los espectáculos ninguno como los bailes.

»Nuestro ingenioso Selgas define el vals: «un viaje alrededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad.» Y Alcalá Galiano decía: «En estos tiempos en que tanto se inventa, se ha inventado una máquina para hacer que los hombres y las mujeres se entiendan sin que se ofenda ni enfande esa vieja gruñona llamada moralidad; una máquina para encubrir flaquezas y tejer enredos; para establecer entre los sexos la comunidad de personas; esa máquina se llama *baile*.»

»No ignoro que hay quien invoca la *educación* como remedio á todos esos males; pero, aparte que esa palabra vaga es para muchos un portillo por donde saltan á los prados de la voluptuosidad, habría que convenir en que Selgas y Alcalá Galiano no tendrían por mal educados á los que concurrían á los bailes de que ellos hablan, y que no podrían distinguirse mucho de los de hoy, puesto que son de ayer.

»Si quisiéramos ir más lejos, llamaríamos á Ovidio llamando al baile «semillero de vicios,» y á Ciceron que se cree obligado á defender á su cliente Murena, diciendo que á un cónsul no podía acusársele de haber bailado, á no ser que estuviera ébrio ó loco, «porque el baile comprendía en sí todos los vicios.» A juicio, pues, del orador romano, la buena educación de aquel tiempo no iba á brillar á los salones de baile. Y, en verdad, que la educación, como la entienden comunmente, ó la cultura social, es freno muy débil para domar las pasiones; y si no, dígalo Herodes á la vista de Herodías, ó Enrique VIII, en presencia de Ana Bolena; díganlo todos los que bailan ó bailaban al lado de Balzac, que retrata los bailes de una manera que no debo repetir aquí.

»La educación que podría evitar los peligros de ciertos espectáculos no es otra que la educación cristiana; pero esta nos enseña que nada bueno podemos sin la gracia de Dios, y la gracia no se dá al que temerariamente se expone á perderla. Principio es en esa educación que «el que ama el peligro, perecerá en él»; y que hay peligro en fijar la vista en las mujeres ataviadas de sus mejores galas: que es menester huir de los deseos del siglo, y que el cristiano no ha de conformar su conducta á la de los mundanos: porque el mundo es enemigo de

Cristo; y el hombre no será feliz por los placeres de la carne, que dan la muerte, sino por la pureza del corazón. Por eso San Agustín decía que bailar en día de fiesta es mayor profanación que trabajar en el campo; y San Ambrosio aconsejaba á las madres que enseñen á sus hijas á temer á Dios y no á bailar, porque el baile es propio, no de jóvenes honestas, sino de las livianas.

»Vea usted porqué las diversiones como las que ustedes tratan de organizar, siempre me han parecido peligrosas en alto grado; y de las cuales es casi imposible que no salgan ajadas ó marchitas las flores de las virtudes cristianas.

»Por lo mismo no comprendo como puedan ser medio adecuado para el ejercicio de la caridad.

»Pero ninguno de los rasgos característicos de esta virtud se la puede conocer en un baile. San Fausto, que la describe admirablemente, no nos dice que la caridad es divertida, ni baila; sino que sufre con paciencia, y, renunciando á sus gustos, busca lo que á Dios agrada, sacrificando, si es preciso, no sólo lo que puede ser funesto, sino aún aquello de que pudiera disfrutar lícitamente, cuando se trata de hacer bien á los necesitados.

»Por aquí se comprende que la caridad ganaría mucho si no se la llevase al baile; pero no ganarían ménos los pobres, porque, bien mi-

rado, me parece que había de ser más copiosa la limosna representada en los gastos que ustedes han de hacer para los preparativos del baile, que los ingresos, negativos la mayor parte de las veces que pueden esperar de las máscaras.

»Vea usted, respetable Sr. mío, las razones que, entre otras, me han movido á rogar á ustedes encarecidamente que desistan de llevar adelante sus anunciados proyectos.

»Sírvasse hacer un cálculo prudente de los rendimientos que el baile pudiera dejar para los pobres: y si no les parece mal, haga el favor de venir á recojer de esta su casa una limosna equivalente, que les dará con gusto quien, anhelando el bien de ustedes, de los pobres, y de todos los habitante de esta ciudad y Diócesis, se ofrece de usted s. s. y Cpp. q. b. s. m.— *V. Santiago*, Obispo de Santander.»

LA GORRIÓN.

I

(Continuación.)

Detrás subían las tres señoritas, seria y como disgustada la rubia, preocupada la morena, decidida y resuelta la desteñida. Pasaba ya ésta de los treinta años, edad funesta en que la mujer frívola que des-

echaba á los quince al coronel del regimiento, suspira por el tambor mayor, antes que doblar soltera el cabo de *Buena Esperanza*. Daba, sin embargo, saltitos como la galguita inglesa; hacía dengues y monadas como pollita tierna de quince años, y tenía ó afectaba tener la travesura y aturdimiento de una colegiala de trece. Llamábase Ritita Ponce.

La morena, tiesa como un maniquí de modista, estaba en la edad en que se desechan los coroneles, se piensa en el *trousseau* más que en el marido futuro, y domina á todo otro sentimiento la vanidad de los trapos y la hermosura, especie de inflamación ridícula, que producen en el alma las lisonjas de la galantería, esta se llamaba Adelita Peralta.

En cuanto á la rubia, frisaba apenas en los quince, y aunque no desechaba coroneles, ni suspiraba por tambores mayores, gustábale ya, como á la hormiguita del cuento, comprar el ochavito de arrebol que había de ponerla bonita, y sentarse á la ventana esperando el paso de algún Ratoncito Perez: era al fin y al cabo hija de Eva. Llamábase Blanquita Pelaez, era prima de las otras dos, y sobrinas las tres, aunque por diversas ramas, de la Excelentísima Sra. D.^a Rosa Pelaez, Ponce, Peralta y Teba, Condesa Viuda de Santa María.

—¿A qué nos dice que nones?— dijo de repente Adelita Peralta, parándose como desalada en mitad de la escalera.

—¡Pues claro está!—replicó vivamente la de Pelaez. Yo en su caso diría lo mismo.

Al oír esto Ritita Ponce que iba delante, bajó de un brinquito el escalón que la separaba de sus primas, y dijo muy enfadada:

—Mira Blanca... ó te callas ó te vuelves al coche; que no era cosa de venir apretadas en la berlina como sardinas en banasta, para que luego lo echés á perder todo.

—Pues hija,—replicó Blanquita enfadándose á su vez: no fui yo la que quise venir, sino tú la que me trajiste.

—¡Porque eres el ojito derecho de tití Rosa, y para todo es necesario contar contigo!—exclamó Ritita prosiguiendo su camino.

Eran las once de la mañana, y no obstante el toque del portero, ningún criado parecía por antesalas ni salones para introducir á la intempestiva visita. Veíase por todas partes ese desorden que deja en una casa el paso de una fiesta: muebles fuera de su lugar, ramilletes marchitos en los jarrones, bujías medio consumidas en los candelabros, flores caídas acá y allá de algún prendido, jirones de gasas arrancados de alguna falda en las revueltas de un rigodón ó en los vaivenes de un wals; y en la atmósfera, sintiéndose, mascándose por decirlo así, aunque sin tener forma alguna visible, ese desencanto, esa desilusión que inspiran los restos del carnaval, contemplados á la luz del miércoles de ceniza: sentimiento triste á la vez que reflexivo, que tiene mucho de la amargura que deja el pecado en el alma, como un principio del remordimiento.

Aquel día era en efecto miércoles de ceniza, y la noche antes había dado la Condesa el último de sus

dos bailes de Carnaval divertidísimos aquel año por lo originales. Siempre fué el taparse la cara señal de vergüenza, y aquel año, en el salón de la Condesa, habíase repartido por turno, entre uno y otro sexo, el pudor de la careta. Las damas prescindieron de él la primera noche, presentándose sin disfraz alguno: los galanes acudieron por el contrario uniformados con dominós de raso negro, y lazos de color de grana de idéntico modo dispuestos. Esta uniformidad en los trajes dió lugar á equivocaciones tan graciosas y bur-las tan divertidas, que se decidió pedir á la Condesa para el martes de Carnaval, otro baile en que se volviesen las tornas, reservándose las señoras el privilegio de llevar la cara cubierta: el sexo fuerte luciría su fealdad al resplandor de centenares de luces, y el débil ocultaría sus encantos en los anchos pliegues de capuchones Wateau, con lazos de color de rosa. Habíase añadido además al programa de la fiesta, otra parte de terrible alcance político: el génio patriótico de Ritita Ponce ideó organizar un minué á la española, que habian de bailar los caballeros con casacón y peluquin blanco, y las señoras con traje de medio paso y peinado á lo *nene*. Para ello ensayaba Ritita con su primo Candidito Teba, alférez de húsares, un solo cuyos prodigiosos *trenzados*, hubieran podido admirar á la corte de Carlos IV. Imposible era que el intruso Amadeo permaneciese tranquilo en el trono, ante aquel patriotismo coreográfico con que la ilustre juventud de X** le manifestaba su desagrado.

Accedió gustosa la Condesa á lo que se le pedía, con la sola condición

de que terminase la fiesta á las doce de la noche, hora en que comienza la cuaresma. Sin duda temía la buena señora ver aparecer en sus salones la escuálida figura de la Penitencia, á la manera que se presenta en aquella famosa agua-fuerte de Alberto Durero el pintor filósofo, esgrimiendo unas formidables disciplinas, y precedida de la muerte que acompaña á los bailarines tocando el violin con dos canillas. Mas un grupo conspirador que no temía á fantásticas apariciones, y capitaneaban Ritita Ponce y su primo Candidito, de tal manera se encargó de atrasar los relojes, que cuando sonaba en el palacio la hora de los ayunos, eran ya en el resto de la ciudad más de las dos de la madrugada. La Condesa no cayó en la cuenta: tan solo sintió más sueño que nunca al acostarse, y más pereza que de ordinario al levantarse por la mañana.

Suceso muy grave debía de ser, por lo tanto el que hacía madrugar á las tres primas, después de haberse acostado muy cerca del alba. Entráronse, pues, como Pedro por su casa, no encontrando á nadie en las antesalas, y Ritita echó á correr detrás de una doncella de la Condesa que vió á lo lejos, gritando:

—¡Martina! ¡Martina!... ¿Se ha levantado la señora?...

—¡Pues ya lo creo!—respondió la doncella saliendo á su encuentro. A las ocho había vuelto de San Vicente de tomar la ceniza.

—¿La ceniza?...

—Sí, señorita... Hoy es miércoles de ceniza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Ritita riendo como una loca. ¡Yo no

me acordaba sino de que ayer fué carnaval!... ¿Y dónde está la señora?...

—En el *costurero*. firmando los bonos de la Conferencia... ¿Quiere usted que le avise?...

¡No! ¡no! .. Buen susto le vamos á dar entrando de puntillas!—exclamo Ritita con el más infantil de los alborozos.

Y echando á correr seguida de sus primas y precedida de su perra, llegaron á un gabinetito redondo que llamaban el *costurero*, porque allí solía hacer labor la señora Condesa. Por la abertura del *portière* entreabierto, veíase sentada junto á una antigua mesa de costura, con gran bolsón de raso amarillo, á una señora de más de cincuenta años, alta, gorda, bigotuda, con el pelo gris sencillamente peinado, y vestido un modesto traje de hábito del Cármen. Tenía delante un montón de papelitossimpresos con el sello de las Conferencias de San Vicente de Paul, y rellenaba los huecos en blanco que en ellos había, con nombre de pobres que copiaba de una lista: añadía después tales como.— *Un puchero*.— *Dos raciones de tocino*.— *Tres de carne*.— *Cuatro de garbanzos, etc.*.. y firmaba por último, con letras del tamaño de aquellas.— *La presidenta, Condesa Viuda de Santa María*.

Ritita se adelantó de puntillas á mirar por entre las cortinas, mientras las dos primeras se adelantaban también; de mala gana Blanquita, y sin abandonar su empaque de maniquí la de Peralta.

Ritita se apartó de la puerta conteniendo la risa, y haciendo retroceder á las dos primas, hizo ademán de decirles algo muy quedito: mas antes, fijandose de repente en una chi-

menea de mármol que allí había, metió un dedo en la ceniza apagada, y se se puso un tiznoncito en la frente, entre las rizitos postizos que la adornaba. Blanca la mirada absorta, y Adelita se echó á reír diciendo:

—¡Ah, picara!...

—¡Calla!—replicó Ritita amenazáncola con el abanico; y en voz baja añadió ...La tia tiene buena cara, y estoy segura de que no ha descubierto lo de los relojes... Con que vamos á dentro, que yo me encargo de ponerle el cascabel al gato... A todo cuanto yo diga, dicen usiedes *amen*; y si la tia...

—¡No, hija, no!—la interrumpió Blanquita con enfado. Lo que es yo, no digo mentiras.

—¡Ya salió la santa!—replicó impaciente Ritita ¡Yo no digo mentiras!... ¿Te van á salir manchitas en las uñas, ó temes que te lleven los diablillos?...

No, señor; ¡yo no digo mentiras!—repitió con más firmeza Blanquita.

—Pero criatura, mañana te hartas de pan bendito, ó tomas un baño en la pila de la Iglesia, y quedas ya perdonada.

La de Peralta levantó los ojos al cielo, y dijo desabridamente:

¡No puedo con estas santas modernas!... Siquiera las antiguas, se iban á un desierto y nos dejaban en paz á las que no lo éramos. ¿Para qué has venido entonces, *pajuata*?...

—¡Porque ustedes me han traído!

—Pues ya que estás aquí,—exclamó Ritita agarrándola por la mantilla, te callas por lo menos... Mira que como me salgas con algunas de tus sandeces, le digo á la tia que Ramiro Perez te ha escrito tres cartas.

—¡Pero yo no le he contestado nin-

guna!...—gimió Blanquita haciendo pucheros.

—¡Si, si, ninguna!... Si sabré yo lo que son estas mosquitas muertas,—replicó Ritita volviendo la espalda con gesto amenazador, y pisando sin querer la pata de su perra...: Está lanzó un ahullido lastimero. Ritita exclamó con angustia—*¡Hija mía!*—y la perra corrió en tres piés al gabinete, refugiándose entre las faldas de la señora Condesa. Asustada ésta, dió un respingo, tiró la pluma, sacudió por primera providencia un sopapo al animalejo, y reconociéndolo al fin á través de sus gafas de oro, dijo sorprendida:

—¡Calla!... Pues si es Nana, la perra de Ritita...

aSe vá enterando el lector?... *¡Nana* se llamaba la perra de Ritita... regalo infantil de su primo Candidito!

Era la Condesa de Santa María la más gorda de las mujeres sensibles: su corpulencia, su bigote, su vocejón de bajo profundo; le habían conquistado entre los no escasos burlones de la meridional X**, el nombre de *El Sargento Santa María*. Mas á pesar de su marcial apodo. tenía la Condesa su corazón de merengue, de cuyo dulce jugo chupaban á mansalva desgraciados y parásitos: su bolsa estaba siempre abierta para socorrer desgracias verdaderas ó fingidas, y su casa de par en par para diversión de amigos y parientes: porque Dios que había negado á esta señora la bendición de los hijos, de tal manera la había favorecido con la plaga de los sobrinos, que pasaban de veintisiete los que se disputaban el honor de llamarla *titi Rosa*.

Vástago de una de las familias más ilustres de Andalucía, había vis-

to transcurrir los años de su vida en la dicha más envidiable, sucediéndose un dia á otro dia con la uniforme tranquilidad con que pasan las cuentas de un rosario entre los dedos de una virgen: pero por esa extraña aberración del espíritu humano, que nos lleva á poner nuestro amor propio en aquello de que más carecemos, tenía la Condesa una manía que engendraba en ella un santo afán de socorrer á los desdichados, y su necio prurito de divertir á los felices. Nerón ponía su amor propio en tocar la flauta, Richelieu en hacer versos, la Condesa en creerse la mujer más desgraciada del orbe, y poder decir, como otra Dido entre colosales suspiros que hacían oscilar las lámparas de su gabinete.—*¡Non ignara mali miseris succurrere disco!*... Por eso era para ella tan buena obra, y encontraba su corazón igual placer en socorrer á un desvalido diciendo con voz estentórea: ¡Sé lo que es sufrir! que en dar un baile exclamando entre suspiros.—¡Porque he sufrido mucho, quiero que los demás se diviertan!

Educada por otra parte, en esa casta atmósfera de la mujer honrada, tipo común en la española rancia, que pasa de doncella á esposa y de esposa á madre de familia, sin adivinar nunca las asquerosas profundidades de la galantería masculina, parecíanle otras tantas parejas de Luises Gonzaga y Rosas de Lima aquella brillante juventud que poblabá sus salones, y mirando de cuando en cuando el alegre cuadro, desde la mesa de tresillo, que por nada ni por nadie abandonaba, decía suspirando.

—¡Angelitos!... ¡Cómo se divier-

ten!... ¡Así debía de ser ahora mi pobre Mateo!...

Porque la catástrofe de la vida de la Condesa, la gran pena que no alcanzaba á borrar de su corazón la suave esponja del olvido, era el prematuro nacimiento de un esclarecido varón, que hubiera debido perpetuar la ilustre casa de Santa María. Nególe la Iglesia el bautismo por no encontrar en él suficiente sujeto: mas su madre le puso el nombre de Mateo, que era desde tres siglos antes el de los primogénitos de la casa, y cual Artemisa á Mausoleo en el famoso sepulcro, depositó al malogrado vástago en un tarro de espíritu de vino. Allí esperaba en vano la resurrección de la carne el heredero de los Santa María, mientras su madre ponderaba á todas horas la hermosura, las gracias y las virtudes morales y cívicas de su malogrado Mateo. Desde entonces la Condesa se vistió un sencillo hábito del Carmen, que jamás abandonaba, y nunca dejó de firmarse en cuantas cartas escribía: *Su desgraciada amiga, la Condesa de Santa María.*

Unidas estas circunstancias á un españolismo raro en las señoras de su clase, á un orgullo de raza muy común entre ellas, un fondo de piedad bien dirigida, á nadie extrañará que la señora Condesa madrugase para tomar la ceniza después de una noche de baile, y se entretuviese las horas muertas en disponer por su propia mano los bonos de la Conferencia.

Habíala sorprendido en esta ocupación la perra de Ritita, y detrás de ella entraron en el gabinete las tres primas, diciendo en coro:

—Buenos días tití Rosa... ¿Ha descansado usted?

La condesa se quitó sus gafas de dro, y dijo con su vocejón de bajo profundo:

—¿Pero qué es esto?... ¿Tan temprano han abierto hoy el manicomio?

¿Temprano? replicó Ritita haciendo arrumacos y sentándose en un taburete á los pies de su tia, después de darle tres ruidosos besos. A las ocho habíamos tomado ya la ceniza en San Isidoro...

Blanquita se santiguó espantada al oír tan descarada mentira, y la de Peralta, tirándose de la mantilla, dijo con la mayor frescura:

—Ya ve V. si aprovechamos bien el tiempo, titita.

La condesa se sonrió complacida de la piedad de las niñas, y notando el tiznón de ceniza que Ritita traía en la frente, exclamó con una carcajada que recordaba las notas más profundas de La Blache ó de Selva.

—¡Ya conoció el Cura la buena pieza que tenía delante, y por eso te apretó la mano de firme!... Mirate, mírate en el espejo...

Ritita estiró el cuello para mirarse en la magnífica luna que coronaba la chimenea de mármol, limpiándose con el pañuelo: dijo muy indignada:

—¡No me extraña!... Una canasta llena de ceniza necesitaba yo para humillarme hoy... Le aseguro á usted, titita que en toda la noche no he dormido de rabia.

—¿De rabia!... ¿Pues qué perro te ha mordido, hijita?...

—¡El cursi del Gobernador!... Ese es el perro que me ha mordido á mí, y á usted, y á todos los que estuvimos anoche en su casa!...

(Se continuará)

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, á las ocho de la mañana, misa de la Virgen con renovación y bendición del Santísimo Sacramento.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovación.

En Nuestra Señora del Cármen, á las siete de la mañana, misa de la Virgen, y por la tarde al toque de las oraciones será el Santo Rosario, Salve cantada á la Sma. Virgen, y plática por el Sr. Canónigo Mirete.

Continúan las cuarenta horas en las Agustinas, donde se expone Su D. M. á las siete y media de la mañana, siendo á continuación la misa solemne, y por la tarde á las cuatro, los ejercicios de costumbre.

Domingo de Sexagésima.—En San Nicolás, después de Tercia, será la procesión y publicación de la Santa Bula, acto continuo se cantará la conventual con sermón á cargo del Sr. Magistral Dr. D. Juan Segura.

Desde este día se expenderán las Bulas de la nueva predicación en el Archivo parroquial de San Nicolás, y demás puntos de costumbre.

En Santa María á las ocho y media, Tercia y misa conventual.

En Ntra. Sra. del Cármen, á las once habrá esplicación del catecismo para los niños y demás personas que gusten asistir, por el Dr. D. Jo-

sé María Mirete, y al anocheecer de toda la semana habrá Rosario y plática por el mismo Sr. Mirete.

En la iglesia de Capuchinas, la función mensual de las Hijas de María y Teresa de Jesús. A las ocho de la mañana se dirá la misa de comunión de las asociadas, y á las cuatro de la tarde se dirán los ejercicios de costumbre.

Lunes.—En la misma iglesia de Capuchinas, principian los Triduos en honor de Jesús Sacramentado. En los tres días estará de manifiesto desde las ocho de la mañana hasta la conclusión de los ejercicios de la tarde, en los que habrá sermón rezándose antes el Santo Rosario y la estación mayor, y después del sermón, Trisagio, letanía del Santísimo, Crédidi y la reserva, dándose la bendición del mismo en el último día.

Jueves.—En Santa María, principian los Triduos en honor de Jesús Sacramentado, en donde se pondrá de manifiesto Su D. M. á las ocho de la mañana y por la tarde á las cuatro, habrá Rosario, meditación, sermón, letanía y Crédidi.

En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovación y bendición del Santísimo concluida la misa. Por la tarde á las cuatro el Santo Trisagio.

ALICANTE.—1887.

Imprenta de Antonio Seva.